



Diversidad

La intolerancia y la falta de empatía es lo que nos separa. No la diversidad. Las sociedades más justas e incluyentes son aquellas que reconocen y propician la pluralidad.

En ellas suele haber una mayor concentración de mentes creativas que son estimuladas por el ambiente de aceptación a la diferencia. **Donde hay unanimidad es más difícil que prospere el pensamiento crítico y también, por tanto, la libertad.**

FUTURO N TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a **39 autores** a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



Apoya:



DIVERSIDAD

FUTURO  N TRÁNSITO

D I V E R S I D A D

Laura Quintana

Gustavo Wilches-Chaux

Miguel Rueda

FUTURO  N TRÁNSITO

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*
Alejandro Castillejo Cuellar
Saúl Franco Agudelo
Lucía González Duque
Carlos Martín Beristain
Alejandra Miller Restrepo
Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)
Carlos Ospina Galvis
Leyner Palacios Asprilla
Marta Ruiz Naranjo
María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)
Patricia Tobón Yagari
Alejandro Valencia Villa

Secretario general

Mauricio Katz García

Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*
Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*
Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*
Diana Britto, *directora de conocimiento*
Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

Futuro en tránsito

Dirección general: Alonso Sánchez Baute

Coordinación editorial: John Naranjo

Dirección de arte: Raúl Zea

Editores: Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

Equipo de diseño: Juliana Salazar - Guido Delgado

Corrección de estilo: Andrés López - Alberto Domínguez

Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

Diversidad

LAURA **QUINTANA**

GUSTAVO **WILCHES-CHAUX**

MIGUEL **RUEDA**

Diversidad

© 2020 Laura Quintana

© 2020 Gustavo Wilches-Chaux

© 2020 Miguel Rueda

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

Delegación de la Unión Europea en Colombia

Patricia Llombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.

ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1

ISBN VOLUMEN: DIVERSIDAD 978-958-5586-37-6

© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

Presidente de la Comisión de la Verdad

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generara cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

PRÓLOGO

LA DEMOCRACIA ES TRAMITAR LA DIFERENCIA. UN ejemplo claro y contundente es Sudáfrica, un país que fue capaz de imaginar y elegir un destino distinto al que históricamente padeció. ¿Qué hizo posible que una nación tan dividida le pusiera fin a su pasado de intolerancia y violencia?

Luego del *apartheid*, los sudafricanos convirtieron en referente la idea «yo soy porque tú eres», una narrativa que se convirtió en el eje fundamental que les permitió imaginar de nuevo las relaciones sociales y llevó a la idea de que Sudáfrica podía convertirse en una nación construida a partir de las diferencias. La diversidad es hoy su gran fortaleza. Los sudafricanos la han convertido en parte esencial de la identidad nacional.

La intolerancia y la falta de empatía es lo que nos separa. No la diversidad. Las sociedades más justas e incluyentes son aquellas que reconocen y propician la pluralidad. En ellas suele haber una mayor concentración de mentes creativas que son estimuladas por el ambiente de aceptación a la diferencia étnica, cultural, religiosa, política y sexual. Donde hay

unanimidad es más difícil que prospere el pensamiento crítico y también, por tanto, la libertad.

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices y así acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de 13 que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En este caso, se invitó a la filósofa Laura Quintana a escribir un texto sobre las divergencias en la diversidad y su importancia para la construcción de paz; al medioambientalista Gustavo Wilches-Chaux quien, a modo de una colcha de retazos, aborda la biodiversidad y la autorregulación de los ecosistemas; y al psicólogo Miguel Rueda, que hace un

recuento histórico de la exclusión de la comunidad LGBTIQ, de la violencia en su contra y de la lucha por la visibilización, el respeto y los derechos igualitarios.

Alonso Sánchez Baute

Director del proyecto



LAURA QUINTANA

Las divergencias en la diversidad: su importancia para la construcción de paz

ES USUAL ASOCIAR LA DIVERSIDAD CON LA VARIEDAD DE formas, colores, cuerpos, climas, geografías, culturas. La vinculamos con la diferencia de razas, costumbres, preferencias sexuales, identidades, lenguajes. El mundo aparece surcado por miles de fronteras territoriales, individuales o simbólicas que marcan como diferente a una multitud de cosas, sujetos, visiones, experiencias, como en las narraciones sobre la Torre de Babel y su multiplicación de las lenguas; como en las ciudades grandes con sus multitudes presurosas de acentos tan diversos; como en los dialectos que modifican una misma lengua; como en los territorios atravesados por herencias campesinas con distintas configuraciones

culturales. También la naturaleza nos muestra una variedad y abundancia de seres y cosas: plantas, animales y microorganismos nos pueden hacer sentir que la ley de la vida es la desemejanza porque, en estricto sentido, e incluso dentro de una misma especie, ningún individuo es igual a otro.

Quizá nadie niegue que habitamos un mundo poblado por la variedad. Y, sin embargo, nos cuesta asumirlo. Nos cuesta tolerar la diferencia, soportarla, pero sobre todo nos cuesta acogerla en todo lo que puede implicar; pues, que haya que «tolerar» algo ya indica que cuesta aceptarlo. Hay muchas razones ligadas con esta dificultad que se manifiestan con fuerza en Colombia. A continuación, destacaré algunas muy generales.

Diversidad, divergencia y conflicto

En primer lugar, hemos olvidado que la diversidad no se refiere solamente a lo que abunda en su desemejanza; también tiene que ver con lo que diverge, es decir, con lo que se mueve por caminos opuestos, alejándose y separándose en varias direcciones. Y, cuando se trata de opiniones y visiones, «divergir» quiere decir entrar en desacuerdo. De modo que la diversidad tiene que ver con el desacuerdo, pues lo que es heterogéneo justamente se divide, produce diferencias y estas pueden entrar en conflicto. No hay entonces diversidad sin conflicto. A veces perdemos de vista que este se da al interior de un mismo ser humano. Pues cada

persona es una multiplicidad de anhelos, necesidades, convicciones, razones, historias que han formado su modo de sentir y de pensar, sus emociones, fantasmas y afectos. Y lo que es múltiple se caracteriza por albergar muchas maneras posibles, muchos pliegues que se doblan y desdoblan, que pueden diferir y entrar en tensión. Ya lo decía Walt Whitman en su «Canto a mí mismo»: «¿Estoy en contradicción conmigo mismo? / De acuerdo, es verdad que me contradigo. / (Soy vasto, contengo multitudes)». Todos lo hemos vivido: nos dividimos en varios cuando queremos algo y pensamos que no es lo correcto, cuando tenemos dudas e inquietudes frente a una decisión, pero a la vez una imperiosa necesidad de tomarla; cuando deseamos algo que nos llena de vida, pero que a la vez nos daña, como sucede con ciertas formas de amor pasional. Algo similar ocurre en las configuraciones culturales y en los espacios sociales: estos son siempre heterogéneos, surcados por ambigüedades, tensiones e incertidumbres, porque la diversidad atraviesa los cuerpos, las memorias, los ordenamientos, las relaciones con las cosas, los imaginarios. Y donde hay multiplicidad hay disenso y, con este, conflicto.

Diversidad e igualdad

Sin embargo, distintas visiones de mundo, que han tenido efectos sobre las personas y sus modos de tener experiencia,

nos han llevado a pensar que el conflicto es indeseable, que necesariamente produce destrucción y una violencia inaceptable. Con esto hemos perdido de vista que las peores violencias se generan por impedir que el conflicto se exprese, encuentre los canales para tratarse y para alterar a quienes entran en tensión, de suerte que puedan vincularse de otras maneras. Los conflictos, además, son importantes pues dejan ver inconformidades, malestares y padecimientos que no se reconocen; así como actores sociales y formas de vida (experiencias territoriales, estilos de existencia, prácticas culturales), que no se sienten igualmente acogidas. Esto último indica una dimensión importante que se deriva del reconocimiento de la diversidad y es la exigencia de igualdad. Aunque seamos distintos, y la diferencia también nos atraviese, que esta se pueda expresar requiere establecer marcos y criterios que posibiliten tratos igualitarios: derechos, garantías sociales, compromisos, lenguajes, espacios de creatividad, mediante los cuales, quienes divergen puedan afirmar su distancia, pero también las condiciones para manifestar su rechazo cuando se sienten tratados con desigualdad. Sin estas condiciones de igualdad, la diversidad, como multiplicidad y como posibilidad de la divergencia, no se puede reconocer en todo lo que implica. De hecho, la pluralidad, una noción muy recurrente en nuestro vocabulario político, supone esta aparición de la diversidad en relaciones de igualdad. Por eso la igualdad a la que aludo no tiene nada que ver con la homogeneidad. Se refiere más bien

a las condiciones que permiten articulaciones y formas de interrelación entre quienes son diversos.

Diversidad relacional, diversidad en devenir

Esto me lleva a un tercer punto, que está muy vinculado con lo anterior. Muchas veces, debido a ciertas concepciones de mundo, se asume que quienes difieren (los individuos, las culturas, las formas de vida) son unidades cerradas con fronteras nítidas y límites claros. La idea de individuo, de hecho, que se volvió tan importante en la cultura occidental, sugiere que somos entidades indivisibles, cerradas, separadas y autónomas unas respecto de otras. Y esta idea se ha utilizado también para entender las distintas formas de vida, como si se tratara de conjuntos claramente independientes y separados entre sí. Sin embargo, lo anterior está muy distante de cómo funciona la vida: los seres humanos todo el tiempo estamos en relación, no solo con otros seres humanos, sino con animales, microorganismos, los espacios que habitamos, las tecnologías, el medio ambiente; damos vida a un sinnúmero de relaciones de las que también dependemos; pero, además, constantemente afectamos a los otros con lo que hacemos, también a la naturaleza, y esta afectación se nos devuelve. Vivimos en ecosistemas, porque habitamos en espacios de cooperación y codependencia con otros sujetos, entornos

y especies. Somos, entonces, necesariamente simbióticos: nuestra vida se sostiene constantemente en la conjunción con otros seres. Pensemos, por ejemplo, en algunos fenómenos biológicos: el tracto gastrointestinal del cuerpo humano está habitado por una gran cantidad de microorganismos sin los cuales no podrían desarrollarse actividades metabólicas necesarias, como la digestión de carbohidratos complejos y varias funciones del sistema inmune. Además, los virus juegan un papel primordial en distintos ecosistemas, como los acuáticos, pues regulan el crecimiento desproporcionado de las poblaciones bacterianas en los océanos, manteniéndolas en equilibrio. También los árboles se relacionan con bacterias que fijan nitrógeno y que resultan, entonces, fundamentales para su sano crecimiento. En fin, las relaciones de este tipo se multiplican de manera indefinida.

Que la vida sea simbiótica quiere decir que los límites entre unos seres y otros son difusos, que vivimos en mutua alianza e interdependencia, que no hay vida sin estas formas de cohabitación. De modo que, más que individuos o entidades culturales fijas, somos conjuntos múltiples y hacemos parte de ensamblajes complejos, conformados por y en relación con otros seres y formas de existencia sin los cuales no podríamos vivir. Esto también quiere decir que la diversidad del mundo no es estática, sino que se transforma y altera en los juegos de relaciones que se dan entre las distintas existencias y los ambientes que habitan. Pensemos cómo –con nuestros hábitos de consumo y formas de producción– hemos generado

una catástrofe ambiental que también ha alterado nuestras formas de vida, como lo hemos padecido recientemente con la pandemia debida a un virus producido, en gran parte, por trastornos ambientales desencadenados por la agroindustria extensiva, según ha sido recientemente señalado. Y esto indica que, además de codependientes, los humanos somos seres frágiles y vulnerables: necesitamos condiciones mínimas para florecer, formas de cuidado, marcos de protección que nos permitan desarrollar nuestras capacidades; necesitamos una vivienda, servicios públicos, de salud y educación para formar y desplegar relaciones vitales.

La fijación de identidades y el miedo ante la diversidad

Sin embargo, aunque nada vive en aislamiento, aunque somos vulnerables y codependientes, y aunque la diversidad solo se produce y se despliega en la relación de todo con todo, hay de nuevo visiones de mundo que niegan estas relaciones, al imaginar a las personas y a sus formas de existencia como separables unas de otras, capaces de determinarse a sí mismas con independencia de los demás y distribuidas en nítidas particiones identitarias, que no pueden comunicarse y alterarse entre sí. Entonces la diversidad se asume como una variedad estática, clasificable en mundos sociales o en unidades culturales cerradas, que no se tocan ni interactúan verdaderamente.

Así, nos imaginamos a quienes difieren como si fueran productos variados de un supermercado, como en el anuncio de una conocida marca de ropa que yuxtaponía jóvenes de distintas razas, como si se tratara de diferentes objetos de consumo; pensamos entonces que las personas son distintas porque tienen un tono diferente de piel, o que sus preferencias sexuales las definen y las marcan, en esencia, como si alguien tuviera que definirse de manera categórica y establecida por los placeres de su cuerpo; o pensamos que las condiciones sociales y culturales identifican por completo lo que alguien es o hace. Esto quiere decir que hemos desarrollado una necesidad y un deseo de fijar a las personas en categorías definidas, muchas veces estereotipos, y en vincular la diversidad con identidades precisas; como si no fueran posibles las formas de desidentificación, en las que uno rechaza quien ha sido; como si no fueran posibles las construcciones interculturales, en las que quienes provienen de experiencias culturales diversas configuran espacios comunes en medio de sus tensiones y gracias a ellas; y como si la diversidad no tuviera que ver también con el hecho de que siempre pueden surgir estas formas de alteración y de articulación.

De modo que es la creencia en los individuos y en las identidades definidas lo que vuelve ciertos conflictos inmanejables y destructivos. Más aún, estas identidades se asumen muchas veces desde creencias y prejuicios incontrolados, que reproducen sesgos de clase, de género, racistas y de simplificación cultural. De hecho, que la raza se haya vuelto un

tipo de identificación de las personas no es algo natural, sino que tiene una historia en el mundo colonial. Un mundo que produjo múltiples formas de categorizar a la gente por su color de piel, pretendiendo que esto también debía asumirse como marcador social y moral, desde la preocupación por evitar la mezcla con lo fijado como «indeseable» (lo colorido, bárbaro, salvaje, tropical, exótico, sexualizado). Así, estas clasificaciones ordenan la diversidad cultural en términos jerárquicos al asumir que hay diferencias estables, y entre estas unas que son preferibles o superiores a otras.

Son tales supuestos los que han promovido, en gran parte, un miedo por la diversidad y con este la idea de que hay que evitar el contagio, la contaminación de quienes se perciben como una amenaza que pone en peligro mi identidad. Vemos entonces en países ricos del hemisferio norte un temor creciente, en la población que se reconoce como local, por la llegada de inmigrantes pobres que son vistos como una invasión indeseada, excesiva y que degeneraría la presunta integridad de la cultura nacional; o constatamos cómo en muchos lugares surge el temor por la multiplicación de la diferencia sexual y el desplazamiento de fronteras identitarias, al asociarlas con una perturbación anormal que debe ser reprimida, entre otras manifestaciones. Estas actitudes emocionales funcionan como limitaciones cognitivas, perceptivas, imaginativas, que impiden pensar, sentir de otro modo y, al cerrar el campo de experiencia, bloquean la capacidad de acoger todo lo que implica la diversidad.

Formas de rechazo de la diversidad en Colombia

En Colombia muchas de las tendencias mencionadas se han acentuado, con efectos devastadores. Por una parte, las jerarquías racistas, clasistas y patriarcales, heredadas de la colonia, han marcado a las personas y sus modos de sentir, con efectos que reproducen múltiples estigmatizaciones, violencias, formas de abandono y maltrato de existencias, y configuraciones culturales que son desvalorizadas. Esto puede verse, por ejemplo, en la manera despectiva en que, a través de las distintas clases sociales, se define y se desprecia a las personas por su color de piel; en el abandono estatal que históricamente han sufrido regiones con población mayoritariamente negra; en la manera despreciativa en que las personas se refieren a los indígenas como si fueran personas de segunda categoría; en la invisibilización de configuraciones culturales que no tienen como meta el crecimiento económico de los capitales financieros; en el clasismo estructural que atraviesa las relaciones sociales, y los segmentos rígidos que ha producido, visibles, por ejemplo, cada vez que las personas se definen por dónde viven, dónde estudiaron, a quiénes conocen, cómo visten y hablan; también la objetualización de las mujeres y su sexualización, además de la violencia que padecen constantemente, junto a la anormalización de personas gais y trans, sobre todo si son pobres, que son tratadas muchas veces como excedentes de

lo humano, sometidas constantemente a miradas desaprobatorias y al abuso generalizado de la gente, pero también de instituciones estatales como la policía.

De este modo la colonia también nos legó un pensamiento monoteísta, impulsado por la necesidad de dividir el mundo en rígidas fronteras entre fieles e infieles, cristianos y salvajes, que trajo consigo la persecución de configuraciones culturales que no entraban en esas clasificaciones (por ejemplo, prácticas «paganas» indígenas y negras, formas de asumir el placer y las relaciones entre los cuerpos; economías no expansivas y acumulativas). Así se produjo el deseo de reducir la pluralidad de creencias y visiones a una supuesta unidad armónica, a una única forma de existir; un deseo que se sedimentó en múltiples prácticas que han afectado la construcción de una verdadera política democrática, capaz de acoger el conflicto en formas de igualdad que puedan propiciar una auténtica vida en la pluralidad.

Lo anterior tiene que ver con una dificultad que ha caracterizado la convivencia en Colombia, de mucho tiempo atrás. A saber, la manera en que el antagonismo político se ha pensado en términos bélicos, y las relaciones entre adversarios, en términos de enemistad. Por eso no ha sido posible acoger la inevitabilidad del conflicto y que el adversario no sea un enemigo por destruir, sino un otro que impulsa la necesidad de crear relaciones interculturales, marcos igualitarios y formas de tratamiento de injusticias, en medio de las cuales las diferencias puedan elaborarse a

veces como desacuerdos que impulsan transformaciones profundas, a veces como ambigüedades inevitables, a veces como tensiones que amplían y hacen crecer la coexistencia. Pero la lógica guerrerista se ha incorporado, ha marcado a las personas y la manera en que se relacionan unas con otras, también porque ha condicionado políticas estatales que han estigmatizado y perseguido las formas de protesta y disidencia que, en un auténtico ambiente democrático, resultan fundamentales para que puedan transformarse estructuras poco pluralistas y desiguales. Además, la criminalización del desacuerdo ha traído consigo la idea según la cual el Estado exige obediencia o de lo contrario reprime y violenta cuanto sea necesario. Pero esto también tiene como efecto el vínculo débil e inestable de tal obediencia. Pues un Estado que exige obediencia a través de la violencia no cuenta realmente con apoyo popular activo o con poder, porque este solo se puede formar participativamente, a través de la proliferación de espacios que permitan la aparición de la pluralidad, y la construcción de acuerdos, iniciativas y mandatos desde esa pluralidad. De lo contrario, lo que se da, lo que se ha dado en Colombia, es una política representativa sin verdadera representatividad.

Otro aspecto que atraviesa la convivencia en Colombia, y que ha dificultado acoger la diversidad y el conflicto que esta produce, es la identificación sedimentada que se ha dado en el país entre justicia y retribución. Esta identificación ha producido una visión enjuiciadora, muy moralizante y

simplificadora según la cual, quien infringe la ley debe simplemente ser castigado por el crimen que cometió, sin que se produzca una lectura más contextual de sus acciones como ocurridas en, y provenientes de, un mundo social diverso y complejo. Esto último puede afectar también la posición de quien fue perjudicado pues muchas veces el castigo al victimario no atiende a cuestiones estructurales que estuvieron implicadas en la victimización. De este modo, se bloquea la posibilidad de pensar a profundidad las condiciones diversas que hicieron posible el daño y los efectos que este produjo a mediano y largo plazo en el mundo social. La campaña a favor del No por el acuerdo de paz, entre las FARC y el Gobierno nacional, por ejemplo, supo mover estas simplificaciones, anudándolas al temor por la diversidad y al descontento social, albergado en muchos ciudadanos del país.

Otros rumbos para lo que diverge

¿Cómo podríamos, entonces, generar en el país prácticas y marcos de relación más propicios para acoger la diversidad y los conflictos que esta produce? Esta pregunta nos puede llevar por múltiples direcciones y propuestas que, de hecho, diversos movimientos populares en el país ya han experimentado, en muchos años de resistencia y desde el impulso por crear condiciones de vida más dignas. Se trata de apuestas que han sido invisibilizadas y silenciadas por

el exterminio constante de quienes las han liderado, de la mano con las formas de persecución del disenso antes mencionadas. De modo que quisiera, para concluir, destacar algunas de tales apuestas, sin perder de vista que se trata de un territorio indeterminado, y siempre en construcción:

Un punto fundamental es permitir que en la actividad política del país se pueda dar una verdadera expresión de los desacuerdos, no solo garantizando los mecanismos de oposición, sino a través de movimientos sociales pluralistas, y formas de protesta que visibilizan injusticias. Además, es clave que las propuestas de estos movimientos puedan tener realmente incidencia a través de la creación de espacios de mayor intervención ciudadana, pero también a través del respeto de mecanismos establecidos para garantizar una política representativa que sí represente. Es evidente que esto supondría deshabilitar miles de formas de corrupción y clientelismo, que se han venido dando en el país, que impiden que las personas –en su diversidad– se sientan realmente consideradas, y en pie de igualdad, por las instituciones estatales.

Otro aspecto crucial es crear condiciones para que realmente se garanticen los derechos sociales en todo el país, contrarrestando las formas de abandono y de privatización de lo público para el interés de unos pocos. Porque en gran parte la vida –la de cada quien y de las demás personas– vale poco para muchos en Colombia porque no cuentan con las condiciones que le permitan disfrutarla con dignidad, como

lo son las condiciones de subsistencia básicas, pero también un respeto igualitario de cada quien. Y esto supone dejar de clasificar y menospreciar a las personas en términos de raza, clase, género, o invisibilizando sus configuraciones culturales y sus proyectos de articulación. Pero estas formas de menosprecio no se pueden transformar, en la medida en que las instituciones sociales y estatales sigan siendo discriminatorias y excluyentes de manera sistemática.

Asimismo, habría que entender que los territorios son espacios heterogéneos donde se tejen relaciones interculturales y ecosistémicas entre las personas, sus memorias y la naturaleza. Y de la mano con esto resulta crucial posibilitar que la gente que los habita pueda decidir sobre las maneras más oportunas de administrar los recursos territoriales, distribuirlos, teniendo en cuenta lo que puede resultar más igualitario y adecuado para propiciar las relaciones plurales que allí se tejen, sin imponer, desde arriba, ciertos planes económicos y proyectos de desarrollo territorial. Esta visión localizada de la política permite acoger la diversidad que anida en los territorios, porque reconoce la capacidad y la voz de los diversos actores y la manera en que sus diferencias pueden articularse en planes de vida en común, que surgen desde las necesidades locales y las articulaciones interculturales. Pienso que esto es más productivo que asumir que la gente se puede catalogar en identidades fijas, por ejemplo, étnicas, a las que simplemente se les asigna una parte de derechos, recursos, prebendas y en las que no

caban existencias que se definen simplemente por llevar una vida campesina, u otro tipo de formas de autocomprensión.

Apuestas como las anteriores son fundamentales para deshabilitar formas de enemistad, antipluralistas, de rechazo de la diferencia, entre otros efectos destructivos que han intensificado miles de violencias cotidianas en el país. Y esto implica también que hay que romper con las naturalizaciones según las cuales el colombiano es desconsiderado, irrespetuoso y violento, creando las condiciones sociales para que las personas puedan sentir y pensar de otro modo. Porque, como lo quise sugerir aquí, la vida siempre es relacional y se produce y altera en los juegos de interdependencia que se puedan bloquear o propiciar. Transformemos entonces algunas de las condiciones que nos han llevado a ser quienes somos, acojamos las alteraciones que ya se están produciendo, incubemos el deseo de que las cosas sí pueden dejar de ser lo que han sido. No creo que haya otro camino. ‡





GUSTAVO WILCHES-CHAUX

Biodiversidad y autorregulación de los ecosistemas

Colcha de retazos

POR DISTINTAS RAZONES DESCRIBO ESTE ARTÍCULO COMO una Colcha de retazos: no solo porque el diccionario define retazo como «fragmento de un discurso o de un escrito» (y eso es lo que van a encontrarse), sino porque a pesar de que han sido tan estigmatizadas (como los cuellos de botella o las ovejas negras), las colchas de retazos suelen ser expresiones tangibles y coloridamente bellas, de una cultura en la cual resulta inconcebible el desperdicio de lo que todavía tiene utilidad; de una cultura que busca satisfacer, sin derroches innecesarios, las necesidades cotidianas, no por avaricia sino por responsabilidad; de una cultura que valora

enormemente la imaginación y el trabajo manual de quienes –mujeres por lo general– se dedican a juntar trozos de telas que se quedaron sin vender en el almacén, o que sobrevivieron a la pérdida de una prenda, de un cubrelecho o de un mantel que por algún motivo dejaron de existir. Fragmentos en los que sigue vivo algún textil que alguna vez formó parte de la memoria y por ende de la identidad familiar. La memoria –así sea en *retazos*– es tan importante para los territorios, para las comunidades y para las familias, como lo es para cada persona a nivel individual. La pérdida de la memoria es una de las principales causas de vulnerabilidad.

A través de los efectos de la crisis climática y de la pandemia del COVID-19, la Tierra nos está obligando *por las malas* –porque *por las buenas* no quisimos entender– que debemos cambiar la manera de concebir, planificar, llevar a la práctica y evaluar, eso que hoy llamamos «desarrollo», y que se basa en el consumo compulsivo, en la producción excesiva de residuos, en la destrucción de los ecosistemas, en la sobreexplotación de los suelos y sobre todo en el desconocimiento de los derechos de todos los seres vivos, incluyendo muchas veces los derechos de los mismos seres humanos: uno de ellos el derecho a la diversidad sobre la imposición de la uniformidad.

Cuando decimos «biodiversidad», nos estamos refiriendo a la multiplicidad de maneras como se expresa la vida en la Tierra, y que incluye a la enorme diversidad de los seres humanos y de las culturas a las cuales, nos demos cuenta o no, pertenecemos.

Primer retazo: tenemos los mismos derechos porque somos distintos, no porque seamos «iguales»

En 1990 un grupo de organizaciones y personas de distintas regiones del país promovimos la llamada «Propuesta ambiental»¹, con la cual pretendimos llevar la voz de la naturaleza a la Asamblea Nacional Constituyente, pero los votos que obtuvimos no nos alcanzaron para llegar. Sin embargo, con el apoyo de otros movimientos que sí llegaron, y particularmente de algunos constituyentes que los asumieron como compromiso político y personal, la mayor parte de los puntos de nuestra propuesta entraron a formar parte en 1991 de la nueva Constitución. Uno de esos puntos era «El reconocimiento constitucional de la diversidad».

Uno de los *retazos* del capítulo correspondiente, en ese momento decía:

1 Hoy posiblemente formularíamos algunas de estas ideas con un lenguaje ligeramente distinto porque en los treinta años transcurridos desde entonces han sido mucho los aprendizajes y las reflexiones, pero estoy seguro de que en su contenido de fondo quienes impulsamos la «Propuesta ambiental» seguimos abordando, de igual manera, estos mismos temas.

Mientras tanta atención se le presta todavía a esa ficción jurídica y política que es el «derecho a la igualdad», nosotros rescatamos el derecho a la diversidad: el derecho a ser diferentes, a pensar distinto, a actuar distinto, a vivir distinto. Luchamos para que la mujer tenga los mismos derechos y oportunidades que el hombre, no porque sea «igual» al hombre, sino precisamente porque es distinta, porque es mujer. Luchamos para que el indígena y el negro tengan los mismos derechos y oportunidades que el blanco, no porque sean «iguales» al blanco, sino porque son indígenas y negros. Para que el habitante de las zonas rurales no tenga que renunciar a su derecho a ser campesino para tener acceso a los mismos servicios básicos y oportunidades que el habitante de la ciudad. Para que el protestante y el judío y el musulmán puedan profesar un credo distinto del católico sin perjuicio de sus derechos ciudadanos.

En Colombia, a pesar de las múltiples agresiones centenarias, coexisten todavía distintas culturas, o más bien, distintos procesos culturales, y la nueva Constitución deberá garantizar que cada uno de ellos pueda conservar su propio rumbo y su propia identidad sin perjuicio del respeto a los derechos de los demás.

El gran reto que tenemos los colombianos por delante es consolidar nuestra identidad como nación sobre la base del respeto a las diferencias y la valoración de nuestra diversidad.

Segundo retazo: la vida no se inventó el sexo como una forma de reproducción sino como una estrategia de diversificación

Transcribo aquí parcialmente –y con algunos *remiendos necesarios* por el paso del tiempo– un texto titulado «Sexo y Muerte, Biodiversidad y Singularidad» que elaboré cuando trabajaba con el Proyecto Biopacífico y que luego se difundió en otras publicaciones.²

Imaginémonos una empresa donde el gerente y la secretaria y el contador y el tesorero y el conductor y el mensajero y todos los demás empleados, tengan entre sus elementos de dotación una caja de herramientas con el equipo indispensable para realizar reparaciones de plomería, carpintería, mampostería, electricidad y todas las demás artes que exige el mantenimiento de un inmueble. Todos los empleados, menos uno, precisamente el encargado del mantenimiento, que tiene también una caja, pero solo con la mitad de las herramientas necesarias.

Algo tan absurdo sucede en nuestros cuerpos: todas nuestras células poseen la información genética necesaria para obtener reproducciones exactas de cada uno de nosotros, con excepción de unas, las células sexuales, las encargadas

2 Revista *Desastres y sociedad* (La Red, enero-julio 1994, No.2, Año 2) y en mi libro *La letra con risa entra* (Fondo FEN Colombia, 1996)

de la función reproductora, que poseen «en modo activo» solo la mitad del material genético.

¿Por qué? Debido a que la vida quiere evitar reproducciones, fotocopias.

La vida quiere asegurarse de que cada nuevo individuo –y en general cada nueva generación– sea distinto de sus progenitores.

Hablamos erróneamente de «células reproductoras», de «sistema reproductor» y de «reproducirnos», cuando deberíamos hablar más acertadamente de «células diversificadoras», de «sistema diversificador» y de «diversificarnos». O de «divertirnos».

En el libro *El punto crucial*, de Fritjof Capra³, aprendimos que el fenómeno que hace posible la diversificación –el sexo– apareció hace aproximadamente mil millones de años. Recordemos que la vida lleva casi cuatro mil millones de años en la Tierra. Es decir, que durante más de dos terceras partes de su existencia sobre el planeta, la vida evolucionó sin la presencia del sexo. Y sin la presencia de la muerte, al menos tal y como hoy la concebimos.

«A pesar de que la muerte es un aspecto central de la vida –escribe Capra– no todos los organismos mueren. Los organismos unicelulares simples, como las bacterias y las amebas, se reproducen por división celular, de suerte que

3 Capra, Fritjof (1985). *El punto crucial*. Madrid, Integral.

siguen viviendo en su progenie. Las bacterias que existen hoy son esencialmente las mismas que poblaron la Tierra hace millones de años...»

De hecho, a partir de que todos y cada uno de los organismos surgidos como resultado del intercambio de genes –la sexualidad– por definición ya no descienden de un solo progenitor sino de dos, y de que sus características genéticas sean el resultado de una recombinación más o menos aleatoria, nace la individualidad: la singularidad. Cada organismo es único, singular e irrepetible. Por eso, si una ameba, genéticamente «igual» (siempre entre comillas) a todas las demás amibas de su progenie, muere, seguirán existiendo múltiples reproducciones –múltiples *fotocopias exactas*– de sí misma.

¿Qué justifica, se preguntan los biólogos, la existencia del sexo y de su contraparte dialéctica, la muerte? «Ningún organismo en sus cabales optaría por el sexo con otros organismos. Genéticamente hablando, el autosacrificio es demasiado costoso», explica la bióloga JoAnn C. Gutin en la revista *Discover*.⁴

Vamos a un ejemplo personal, a partir del cual, sin ser biólogo, he logrado entender estos procesos: cuando yo era un niño y mi mamá me compraba ropa, regresaba siempre

4 Gutin, JoAnn C., (1992). «Why brother?», en: Revista *Discover*, (junio).

a la casa alabando, entre otros aspectos que hablaban de la buena calidad de las prendas adquiridas, que tuvieran «de dónde soltarles». Es decir, que hubieran sido fabricadas con suficientes dobladillos para que a medida que yo fuera creciendo, la ropa siguiera creciendo conmigo. Así unos pantalones le duraban a uno durante meses, a veces años, a pesar de estar en edad de crecimiento acelerado. Uno se iba alargando o engordando, y con uno los pantalones se iban también estirando y ensanchando. Y cualquiera podía seguir, por las diferentes tonalidades de los dobladillos desbaratados, el ritmo de nuestro propio desarrollo. Hasta que llegaba un momento cuando ya los pantalones no daban para más, cuando ya no quedaba más de donde soltarles. El alivio era grande y nos compraban entonces unos nuevos pantalones... con sus dobladillos intactos. Y volvía y jugaba.

Así, cada organismo –cada generación– aparece con sus propios «dobladillos evolutivos»: un rango de cambios dentro del cual es posible evolucionar, adaptarse a los cambios ambientales. Y, así, a cada generación le llega un momento a partir del cual se agota su capacidad de transformarse. Pero se espera que para entonces ya haya procreado una nueva generación con sus «dobladillos» intactos.

Richard Michod, profesor de Ecología y Biología de la Evolución de la Universidad de Arizona citado por J. Gutin, lo expresa en los siguientes términos: «Al asegurar que la descendencia sea ligeramente distinta de sus progenitores, el sexo incrementa las posibilidades de que las especies produzcan

modelos nuevos y mejorados, capaces de sobrevivir a los cambios del ambiente o de superar a sus predadores rivales».⁵

Aunque no sé si para cuando estas páginas sean publicadas y distribuidas, ya habremos superado la pandemia del COVID-19, es importante que intentemos entender esto. Vuelvo al retazo que venía transcribiendo:

Los biólogos parecen inclinarse por la teoría de que la llamada recombinación genética, ha sido la manera más exitosa de combatir el ataque de los organismos patógenos, es decir las infecciones [...]

Si todos los seres humanos fuéramos idénticos, los agentes patógenos, o sea, los microorganismos que nos amenazan, descifrarían fácilmente la estrategia de defensa de nuestros sistemas inmunológicos, y todas las personas seríamos igualmente débiles o vulnerables frente a los mismos ataques. (Sea el momento para resaltar que también hay millones de microorganismos que nos benefician y que se asocian con nuestras células para que podamos estar vivos y sanos, y también que las únicas razones que hacen que una persona o un grupo social sean más vulnerables, por ejemplo, frente al COVID-19, que otros, no dependen solamente del sistema inmunológico de cada individuo.)

5 Citado por Gutin en el artículo mencionado.

Pero hoy cada cuerpo humano es recorrido de manera permanente por cerca de dos millones de genes de anticuerpos para salir en nuestra defensa. Cada ser humano, en la medida en que es único e irrepetible, posee su propia batería de anticuerpos, aunque a veces, a través de las vacunas, podamos fortalecer y diversificar todavía más esa batería.

La ya citada recombinación genética resultante del sexo, aporta la diversidad de alternativas de defensa. Una vez que, ante un ataque concreto, una de dichas alternativas se muestra como la más adecuada, esa alternativa comienza a reproducirse, opera la clonación, el criterio reproductivo de los organismos asexuados.

En nuestro propio sistema inmunológico cooperan y coexisten las dos opciones de reproducción de la vida: el sexo y la antiquísima clonación.

Biodiversidad y autorregulación de los ecosistemas

Así como la biodiversidad genética interna de los individuos constituye la base de su sistema inmunológico, así la biodiversidad de especies animales y vegetales, de microorganismos, y por su puesto de genes, y la diversidad de múltiples interacciones entre todos ellos, constituyen la base de los procesos de autorregulación de los ecosistemas, lo cual es especialmente evidente en esta parte del planeta en donde se

encuentra Colombia, que llamamos la «franja intertropical» o más comúnmente «el Trópico». Y a su vez, en la diversidad de ecosistemas –y de interacciones entre ecosistemas– se fundamenta la capacidad de autorregulación de todo el planeta Tierra. El que precisamente en este momento, está generando el llamado «cambio climático» como respuesta a la manera como lo seres humanos estamos llevando a cabo el «desarrollo».

Esta parte del planeta se caracteriza –a diferencia de las llamadas «zonas templadas» que comienzan al norte y al sur del llamado trópico de Cáncer y trópico de Capricornio respectivamente– por la enorme biodiversidad existente y que incluye manifestaciones que van desde la escala de los ecosistemas, de los cuales, de acuerdo con el Sistema de Información Ambiental de Colombia, en nuestro país existen «91 tipos de ecosistemas generales (marinos, acuáticos, terrestres e insulares) de los cuales 70 corresponden a ecosistemas naturales y 21 a transformados»⁶, hasta la escala de los microorganismos que existen en los suelos de todos esos ecosistemas, pasando por la enorme cantidad de especies de plantas y animales que el Instituto Humboldt calcula en cerca de 56.343, sin contar a los microorganismos.⁷

6 Sistema de Información Ambiental de Colombia. *Mapa de ecosistemas*.

7 Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt. (11 de septiembre de 2017). *Biodiversidad*

La multitud de interrelaciones que se entretajan entre todas esas especies y entre los ecosistemas de los cuales forman parte, y entre todas estas y la gran cantidad de culturas humanas (cada una con su historia de vida) existentes en nuestros territorios rurales y urbanos, constituyen lo más valioso que tenemos para enfrentar desafíos provenientes de la crisis climática, de nuevas amenazas como el COVID-19 y de otras posibles amenazas previsibles o desconocidas.

El deterioro de nuestra biodiversidad nos va volviendo tan vulnerable como país, de la misma manera como se va volviendo cada vez más vulnerable una persona a la que se le debilita su sistema inmunológico.

Tercer retazo: quiénes somos

En 1998 me invitaron a escribir un mensaje a nombre de las organizaciones ambientalistas de América del Sur que estarían presentes en una reunión de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN). El resultado fue «América del Sur: un kaleidoscopio de ecosistemas compartidos y cosmovisiones encontradas». Incluyo algunos apartes de ese texto en esta colcha de retazos, porque si

colombiana: números para tener en cuenta.

poseemos muchos argumentos para considerar a Colombia como un resumen del mundo, con mucha mayor razón nos podemos considerar un resumen de América del Sur. Basta con sustituir algunos nombres de picos, de ríos, de desiertos o de lagos, por nombres colombianos.

Nosotros somos el agua congelada en los picos más altos de los Andes y el aliento espeso, saturado de verde, de las selvas tropicales, y las aguas rugientes del Iguazú, y las aguas celestes del Titicaca, y las aguas negras y blancas de los ríos del Amazonas, y las aguas metálicas del Río de la Plata, y la lluvia torrencial y eterna sobre el Chocó biogeográfico, y las aguas fugaces que hacen florecer de vez en cuando el desierto de Atacama.

Nosotros somos esa pieza del rompecabezas que la tectónica de placas separó del África y que el tráfico de esclavos unió otra vez al África. Nosotros somos los incas y los muiscas y los araucanos y las tribus de cazadores y recolectores que todavía se desplazan por la selva amazónica. Nosotros somos los europeos que cortaron su ombligo con Europa para llamarse americanos. Nosotros somos una telaraña de heridas todavía no sanadas.

Nosotros somos la tentativa fallida de encerrar la vida en un orden importado. Nosotros somos la vida surgiendo a la fuerza por entre las costuras de la historia. Nosotros somos la vida convertida en mil veces mil especies y en mil veces mil ardides para oponerse a las adversidades. Nosotros

somos la vida que gana la partida en aguas imposibles saturadas de azufre y en barrios tuguriales en las grandes ciudades.

Nosotros somos las posibilidades de la vida en contra de todas las evidencias aniquiladoras y la obligación de hacer conscientes esas posibilidades. Nosotros somos el reto ineludible de conocernos y reconocernos de reconstruir nuestros caminos olvidados a partir de los fragmentos dispersos en la geografía y en el tiempo. Nosotros somos la necesidad imperativa de la convivencia entre nosotros mismos y con las demás especies y procesos que comparten con nosotros este trozo de planeta. Nosotros somos el deber de comprender y asumir que somos menos americanos y menos dignos y menos viables como seres humanos, cada vez que en nuestro continente desaparece un dialecto o una cultura o una leyenda o una especie animal o vegetal o una mancha de bosque o un ojo de agua.

Nosotros somos las preguntas que nos hemos demorado cinco siglos en hacernos y que ya no aguantan más esperas, y somos también todas las posibles alternativas de respuesta. Nosotros somos los sueños que no nos hemos atrevido a soñar por vivir en función de pesadillas ajenas. Nosotros somos todos los verbos inéditos que esperan por nosotros para ser conjugados: el verbo volcán, el verbo manglar, el verbo arrecife de coral, el verbo pampa, el verbo páramo, el verbo laguna, el verbo cóndor, el verbo oso de anteojos, el verbo rana, el verbo vicuña, el verbo llama, el verbo

mariposa de Muzo, el verbo delfín rosado, el verbo *pirarucú*, el verbo danta, el verbo maíz, el verbo maní, el verbo yuca, el verbo desierto, el verbo iceberg, el verbo cielos estrellados, el verbo Machu Pichu, el verbo Bolívar, el verbo San Martín, el verbo Che Guevara, el verbo América del Sur, el verbo América...

Estamos aquí para garantizar que cada palabra se convierta en acciones contundentes e inmediatas. Venimos a verbalizar la certeza de que si pretendemos que conceptos como sociedad *civil*, como *participación*, como *conservación*, como *política ambiental* y como *desarrollo sostenible*, que hoy forman parte obligada de toda agenda de gestión (e incluso si queremos que conceptos aparentemente más obvios como el de *país* y el de *región*), tengan un sentido orgánico, real y viable en nuestro continente, sus significados se tienen que reconstruir y que trenzar entre sí a la luz del kaleidoscopio de prismas de nuestras biodiversidades y de los procesos que las reflejan y encarnan.

Cuarto retazo: miremos a nuestro alrededor

Cuando podamos volver a circular por las calles y las plazas, sin temor al contagio, y a recorrer por carretera este resumen de la Tierra que llamamos Colombia; cuando nos podamos

volver a juntar sin tapabocas en el transporte colectivo y en espacios privados y públicos, cuando podamos ejercer de nuevo el poder sanador del abrazo, e incluso ahora, cuando estamos aprendiendo a transmitir no solamente información sino también afectos y sensaciones, y a llenar de calor humano los espacios virtuales, miremos a nuestro alrededor y confirmemos que biodiversidad es lo que somos⁸.

Hay regiones y ciudades sí, en las cuales la diversidad étnica y cultural está más presente y es más evidente que en otras, pero en cualquier lugar en donde estemos basta con agudizar los sentidos para descubrir expresiones tangibles de ese kaleidoscopio de ecosistemas compartidos y cosmovisiones encontradas.

En los establecimientos comerciales en donde ofrecen comidas o música, o en las conversaciones callejeras que nos llegan a los oídos cuando los mantenemos alertas (chismosos, dirán otros), o en el diálogo con el taxista a quien sorprendemos con la pregunta «¿usted es de tal parte, cierto?», porque hemos comenzado a imaginarnos una historia de vida a partir del acento, o en una entrevista por televisión, o en una conferencia, o muchas veces en un simple comentario transmitido por Twitter, también podemos darnos cuenta cotidianamente de que biodiversidad es lo que somos.

8 Título de un artículo que escribí para el Instituto Humboldt en 2009 y que encuentran en mi blog *Aguaceros y goteras*.

Si por una parte es fácil enumerar una larga lista de avances que ha realizado la cultura humana en todos los campos científicos y tecnológicos en las últimas décadas, no resulta igualmente fácil realizar siquiera una lista corta de avances éticos que hayamos logrado, mucho menos aun si exigimos que en esa lista aparezcan los que no se han quedado escritos en el libro de las buenas intenciones, sino que se hayan convertido en una manera de ser, de pensar y de hacer de los seres humanos en la Tierra, y en esa porción que somos quienes formamos parte del paisaje colombiano.

Un avance indudable es que, al menos legal y teóricamente, nos hemos comenzado a volver más respetuosos con la diferencia; con quienes, por distintas razones voluntarias o involuntarias, se salen de los que antes constituían «patrones oficiales» o «patrones convencionales»: de lo que, hasta hace no mucho tiempo, se consideraba «lo normal». Y, al negarse a seguir ese guion muchas veces preasignado desde antes de nacer, entran en eso que, también, hasta no hace mucho tiempo, era el terreno de «lo marginal» (así en muchos casos «lo marginal» fuera lo mayoritario).

Hombres y mujeres de distintas edades, incluyendo niñas y niños, por el mero hecho de ser como eran, solían ser objeto de discriminación, exclusión y matoneo, a veces disfrazado de «humor», pero casi siempre traumático (de lo cual los apodos suelen ser una expresión, cuando no son motivados por la ternura sino por la discriminación y la crueldad).

Hoy, por lo menos formalmente, de dientes para afuera, la discriminación y el matoneo se rechazan y socialmente se condenan, lo cual no ha impedido que crezcan los feminicidios y los crímenes contra la población LGBTIQ e incluso los crímenes contra la infancia.

Hoy se hacen llamados a la tolerancia que, para ser franco, es un término que me molesta, porque me suena a: «Esa persona es distinta a mí, pero yo soy tan buena persona que le doy derecho a existir a pesar de que seamos diferentes».

Pienso que el desafío frente a la diversidad no es la tolerancia, sino la capacidad de valorarla en todo cuanto significa. De comprender y de sentir que ella nos enriquece en todos los sentidos a quienes somos expresiones de ella.

Esto no quiere decir que no tengamos el deber de la intolerancia frente a todo lo que signifique una violación de los derechos humanos y de los derechos de todos los demás seres vivos, entre los cuales no dudo en incluir a los no humanos y al agua que, al igual que nosotros, forman parte de esa red de interdependencias que le otorgan a la Tierra su carácter de ser vivo. Así sea por «egoísmo de especie», no olvidemos que la posibilidad de garantizar condiciones que permitan el ejercicio efectivo de los derechos humanos,





depende de que, a la naturaleza, comenzando por el agua, le reconozcamos efectivamente su derecho a existir y a partir de allí, todos sus derechos fundamentales. ‡

03

MIGUEL RUEDA

Colombia a la luz de la diversidad

LOS SERES HUMANOS SOMOS DIVERSOS AL IGUAL QUE LAS sociedades que conformamos. Entender y aceptar esta característica nos permite apreciar la realidad de quiénes somos como individuos, como colectivos y comunidades, y nos señala el camino de lo que podemos llegar a alcanzar. Muchos hemos estado ante la pregunta de si somos diversos o si somos iguales. Para responder esta y otras preguntas, empezaré por el significado de la palabra diversidad. La RAE nos dice que la diversidad es «variedad, desemejanza, diferencia. [...] abundancia, gran cantidad de cosas distintas». Parece fácil de entender; sin

embargo, comprenderla a profundidad no ha sido tan sencillo como se lee. Usamos la palabra con cierto grado de responsabilidad cuando hablamos de la capacidad que tenemos para entendernos; pero esto puede ponerse en duda todas las veces en que somos incapaces de asumirla para reconocer, reparar y establecer nuevas lógicas en las relaciones con las demás personas. Si empezamos por lo más básico, podemos darnos cuenta de que no existe ningún ser vivo igual a otro, no hay una planta, un animal, una persona que sea igual a otra, ni siquiera los gemelos idénticos le pueden hacer honor a su característica de exactitud física. En ese sentido, también podemos afirmar que todos los cuerpos son diferentes, así como las expresiones del género o de la sexualidad. Estas son características propias, únicas e irrepetibles de cada ser humano.

Cuando hablamos de la diversidad sexual y de la diversidad de género, nos referimos a respetar al otro, en un constante aprendizaje de la pluralidad, las voces, los rostros, los tiempos y los territorios. Sin duda, se trata de un reto interesante, sobre todo cuando apuntar a su significado tiene estrecha relación con el último prejuicio socialmente aceptable: la homofobia.

La Constitución Política de Colombia, nuestra carta de navegación, reconoció en 1991 el valor de la diversidad consintiendo, entre otras cosas, la autonomía territorial, y protegiendo la diversidad étnica y cultural como base de la nación. Antes de eso, el país trataba de ajustarse a una constitución con más de 100 años de antigüedad y muy distinta de la

realidad cambiante en la que vivimos, como lo fue la de 1886. Por ejemplo, esta no daba voz a los pueblos indígenas, es más, despreciaba su cultura. Tampoco se reconocía la diversidad sexual, eso que hoy llamamos LGBTI, personas lesbianas, gay, bisexuales, transgénero e intersexuales. Parecía una locura tratar de ajustar un país con tantas personas, tan distintas, tan diversas a unas reglas acordadas hacía más de un siglo.

Este cambio, aunque esencial, no responde por sí solo a las preguntas que nos hacemos con frecuencia. La primera de ellas es ¿por qué le tememos a la diversidad? Parecería simple decir que, si somos realmente un país pluriétnico y multicultural, deberíamos sentir orgullo de reconocer lo que significa ser distintos y distintas gracias a la variedad en nuestras costumbres, formas y existencias que nos hacen irrepetibles, únicos, individuales y a la vez nos permiten constituirnos en colectividades. Sin embargo, el miedo a lo diferente, a lo desconocido, a lo poco común, a lo que no vemos cotidianamente, nos confronta con referentes tradicionales que no permiten otro tipo de alternativas, por seguir en el mismo lugar y de la misma forma, desconociendo que ser personas significa existir en infinidad de manifestaciones. El temor o el miedo es una emoción, y las emociones no son más que expresiones de nuestro cuerpo que nos avisan que debemos estar alerta. No obstante, lo desconocido no debe entenderse como una amenaza; por el contrario, lo desconocido es lo que nos permite crecer como sociedad, porque basta con acercarnos y conocernos para

darnos cuenta de que no hay nada que temer.

* * *

La guerra que hemos vivido durante tanto tiempo nos ha llevado a sospechar de nosotros mismos, a desconfiar, a ver el riesgo en cada mirada, en cada persona. Sobre todo, nos ha llevado a desconocer la historia que muchas veces no es justa y nos presenta situaciones dolorosas y difíciles de afrontar. La guerra es estruendosa, explota, duele; la paz es silenciosa, y al igual que el amor, acaricia, perdura y edifica. Y puede sonar desproporcionado, pero los colombianos no aprendimos a amar, aprendimos a temer, a no ser empáticos con el dolor de los demás. Solo cuando el dolor es propio exigimos empatía y ahí sí gritamos fuerte para que se nos tenga en cuenta. Así solo se oyen los gritos del dolor y de la rabia, del miedo y del desespero de sentir a la muerte en la puerta de nuestras casas, de haberla visto caminar por los pueblos, las ciudades, los campos, de sentirla al acecho.

Esto nos lleva a otra pregunta: ¿somos tan malos seres humanos como creemos o como nos han hecho creer? Esta pregunta tiene una respuesta rápida: no, definitivamente no. Lejos de los juicios morales, las circunstancias personales pueden llevar a cometer actos atroces, pero el cambio de pensamiento acerca del hacer y el ser, así como diferenciar estas dos características, permiten reconocer a la otra persona sin miedo, abrazarla y, a partir del proceso profundo de

entenderla, incluso llegar a amarla.

Cuando creemos que solo existe una forma de pensar nos perdemos de la realidad y de la existencia del otro. Creemos que nuestra vida y principios son los únicos y que tenemos la potestad de aseverar quién está bien y quién no. Juzgamos desde nuestra propia moral el hecho de que los demás sean quienes son. Consideramos que el otro está equivocado y nos empeñamos en demostrarle que la forma como actúa es reprochable. Pareciera ser un problema derivado de las religiones, no de las creencias, sino de los dogmas. Sería contradictorio negar la infinita posibilidad que tenemos los seres humanos de creer en lo que queremos o necesitamos creer. Pero haber sido un país consagrado a la religión católica, nos puso frente a una sola manera de entender la realidad. Desde ese momento se empezó a negar y a castigar la diversidad. ¿Dónde quedaron nuestras verdades ancestrales? ¿Cómo se interpretaron las cosmogonías, los principios de quienes habitaban estos territorios con la llegada de los españoles? Ellos impusieron una forma de concebir el mundo y, cabe anotar, trataron de exterminar todo lo que les era extraño.

Pero es cierto que la exclusión y discriminación que vivimos no provienen únicamente de la conquista española. Buena parte del problema está en cada una de las personas que no hemos aprendido a relacionarnos. Podría mencionar a mucha gente maravillosa que ha inspirado a cientos y miles a respetar, amar, entender y aceptar a los demás. Hago la invitación a que encontremos a esas personas que caminan por las

calles y que nos veamos a los ojos, a que nos reconozcamos. No necesitamos tener grandes experiencias de vida ni pretender ser súper héroes para cambiar. Seamos el cambio. Seamos el referente que el otro o la otra puedan seguir.

¿Qué otro ejemplo de voluntad y perseverancia podemos ver y seguir, cuando en Colombia queremos vivir en paz a pesar de las dificultades? Nadie nos dijo que aprender a relacionarnos iba a ser fácil, eso lo asumimos; sin embargo, muchas de esas personas de a pie son las que me han enseñado a seguir creyendo en que sí es posible seguir adelante. Estas personas han sido mis amigas y amigos, mi familia, mis maestros, mis compañeros, mis estudiantes, mis profesoras y profesores, aquellos que yo he decidido nombrar mis mentores. Cada día pienso en lo que haría o diría cada una de esas personas fundamentales en mi existencia, y camino de la mano de sus enseñanzas, de mis aprendizajes. Gracias a ellos y ellas he sido y soy. Es una cuestión de identidad. ¿Cómo ser una mejor versión de mí mismo?

* * *

Debemos ser nosotros mismos para poder entender que somos «los diferentes» y así respetar a los demás. En mi caso he necesitado descubrirme y redescubrirme. El hecho de que nos hayan enseñado que lo negativo es lo primero que hay que ver, se convierte en el caldo de cultivo perfecto para crearnos ideas basadas en el miedo y la rabia. De esta forma

es muy difícil comprendernos, porque solo estamos atentos a lo que se debe condenar.

Por esto es necesario abrir un espacio para entender qué significa el prejuicio. Los prejuicios son ideas o creencias preconcebidas que nos ponen sobre aviso, fomentan y alimentan prevenciones sobre una persona o grupo y potencian las divisiones en las sociedades. En pocas palabras, los prejuicios, al ser ideas basadas en estereotipos, no nos permiten tener una visión real de aquello que tenemos frente a nuestros ojos. Tratamos de clasificar a los seres humanos en aquello que conocemos, de ajustarlos en nuestras categorías mentales y corroborar lo que ya hemos pensado sobre ellos. Este es un ejercicio injusto con todo el mundo, pues nos impide abrirnos a otras experiencias y pensar de una forma distinta. Desde muy temprano en la vida nos enseñaron lo que supuestamente está bien y lo que está mal. Aprendimos a señalar lo que no coincide con este código moral y, como decía anteriormente, nos alejamos de las experiencias de los otros. Lo que es diferente lo asumimos como peligroso y por ello nos alejamos. Nos puede hacer daño, nos da miedo y negamos la posibilidad de conocerlo y reconocerlo. El prejuicio está basado en la ignorancia, es decir, en la falta de conocimiento, o mejor, en el desconocimiento de algo. Por eso nos hacemos tantas ideas falsas, creemos solo lo que oímos, lo que nos dicen. Aquí algunos ejemplos: «los hombres solo piensan en sexo», «todas las mujeres deben ser mamás», «los niños no entienden», «los adolescentes están

confundidos», «a los colombianos nos gusta la guerra»; son solo unas ideas muy generales que vienen a mi mente. Pero si nos damos cuenta, lo que pretenden es reafirmar una imagen distorsionada de los seres humanos.

Esto es lo que nos ha pasado en Colombia, negamos la diferencia a pesar de que habita en nosotros mismos. No hay ninguna región de este país que sea igual a otra, no hay un pueblo, un barrio, una ciudad que sean iguales. Esa es nuestra identidad. Nos une compartir una geografía, la idea de un territorio, pero todos somos distintos. Podemos parecer-nos y encontrar similitudes, pero nunca ser idénticos. ¿Qué me diferencia de los demás? ¿Cómo sé quién soy? ¿Cómo hago para tener este conocimiento diferenciado de mí mismo? Básicamente en la relación con los demás. Ahí es donde me doy cuenta de quién soy y quiénes son los demás; sin embargo, estamos acostumbrados a quedarnos con la desconfianza y no con la curiosidad. Cuando nos quitamos el miedo y logramos escuchar al otro, entendemos sus necesidades, podemos abrir los sentidos y la mente para darnos cuenta de que sí es posible aceptar la diferencia y su complemento en nuestras vidas.

Nos han enseñado que los vecinos no son de fiar y que en cualquier momento pueden hacernos daño. Aprendimos también que la pobreza es un «estado natural» de quienes así lo han decidido. La riqueza, por su parte, ha sido solo para unos pocos que la exhiben con arrogancia y antipatía. Nada más falso que esa manera de comprender las diferentes

situaciones que millones de seres humanos han tenido que atravesar. ¿La riqueza es acumular bienes, dinero, posesiones y grandes lujos? Sería interesante ponerlo en duda. No, esa no es la riqueza. Y la carencia de estos atributos tampoco es la pobreza. La riqueza radica en podernos encontrar siendo quienes somos, ofreciendo y dando sin esperar nada a cambio, sin el temor de la existencia del otro. ¿Cuántas veces hemos escuchado que Colombia es un país rico? ¿Cuántas otras hemos oído que la riqueza está en su gente? Esta sí parece ser una pregunta con más sentido y, de hecho, más fácil de responder, basta con salir a la calle o, si se tiene la posibilidad, recorrer un poco el país.

* * *

El origen del abismo entre los colombianos radica en las desigualdades sociales y las injusticias con las que hemos convivido desde hace tanto tiempo. La marginalización de la mayoría de la población ha dado paso a que la brecha entre unos y otros se abra cada vez más y nos lleve a cargar por generaciones con la rabia y el odio fundamentado en lo que unos pocos han hecho para que creamos que esta es la forma en que deben ocurrir las cosas. Un ejemplo: las mujeres adquirieron el derecho al voto en 1954 y solo pudieron ejercerlo desde 1957. Aunque eran mayoría, y lo siguen siendo, por el lamentable hecho de no tener el mismo acceso a los derechos como lo tienen los hombres y aún hoy se

reconocen como un grupo poblacional minoritario. Tristemente podemos ver cómo se violenta a las mujeres, se les silencia, se les asesina, por el simple hecho de ser mujeres. Igual pasa con las personas afrocolombianas, palenqueras, raizales y negras de este país. Siguen cargando el estigma de la esclavitud, de haber sido despojadas de su dignidad. Y ni qué decir de las personas pertenecientes a los diferentes grupos indígenas, «los sin alma». Hoy en día en Colombia se reconocen 102 etnias. Como se mencionó al principio, no fue sino hasta 1991, con la Asamblea Nacional Constituyente, que se les otorgó la participación política a los pueblos originarios.

Colombia tiene una deuda histórica con muchos de sus ciudadanos. Esta deuda la ha venido arrastrando por décadas y diferentes Gobiernos que, a pesar de haber tenido algún atisbo de voluntad política, se han quedado cortos en la adjudicación de derechos iguales para todas las personas. Cabe preguntarse si, en realidad, existen quienes están convencidos de que no todos los colombianos debemos tener los mismos derechos, que hay unas maneras de vivir más legítimas que otras. Bastaría recordar los fuertes enfrentamientos a propósito del matrimonio igualitario. En ese sentido, si los derechos son para algunos, no estamos hablando de derechos sino de privilegios. En términos de ciudadanía, no podemos pensarnos en diferentes jerarquías o clases, ciudadanos de primera, segunda o tercera categoría, pero así nos empeñamos en vernos, desde el desconocimiento

porque ahí es donde hay un proceso de negación del otro. Para alcanzar la igualdad necesitamos que los derechos sean los mismos para todos, con los mismos nombres.

Hasta 1980 la homosexualidad era un delito en este país. Nunca fue muy claro si el problema era sentirse homosexual, nombrarse homosexual, ser homosexual o como la ley lo estipulaba, cometer actos homosexuales. ¿Cometer actos homosexuales? Eso podría ser cualquier cosa a la luz de personas que solo quieren ver, o querían ver, una única forma en la que debíamos comportarnos. Esas creencias hechas leyes y posteriormente fuentes de señalamientos, son las que calan en las personas y le dan fuerza al prejuicio. En 1969 apareció el movimiento de liberación homosexual en los Estados Unidos de América y muy pronto en todo el mundo las personas lesbianas, gay, bisexuales y transgeneristas empezamos a movilizarnos y a exigir igualdad y a sentir que ya no teníamos que esconder el amor y cómo queríamos vivirlo.

En 1981 la homosexualidad fue removida de la lista de enfermedades mentales por la Organización Mundial de la Salud y dio pie para que las personas homosexuales empezáramos a caminar de una forma distinta por las calles, a sentir orgullo de ser quien somos. Por otro lado, en Colombia, la lucha por la igualdad de derechos de las personas LGBTIQ en 1981, con la aparición de varios movimientos, mujeres y hombres valientes que tomaron la voz por muchas personas que estaban temerosas de reconocerse como alguien diverso; y acá hago un paréntesis para aclarar que diverso

no es lo mismo que diferente. El primero hace referencia a características que nos permiten reconocernos en nuestras particularidades y, en consecuencia, da cabida a la necesidad de la inclusión. Lo diferente, por su parte, se basa en el señalamiento, algunas veces despectivo y peyorativo, de los atributos que no permiten reconocermos como alguien único. La Corte Constitucional ha dado voz a las personas que no hemos sido escuchadas por los legisladores, por los honorables parlamentarios, que no han permitido que hagamos de este un país para todos y todas los que lo habitamos.

En 2016 sufrimos un revés muy fuerte con respecto a los derechos y el reconocimiento que habíamos adquirido los sectores sociales LGBTIQ. La presión de las iglesias cristianas protestantes y católica plantearon una idea, traída de los cabellos, acerca de la supuesta ideología de género, concepto que, por demás, no existe. Es un término que fue acuñado por la Iglesia católica hace varios años y se regó por todo el mundo, haciendo que la gente creyera, nuevamente, que el movimiento por los derechos de las personas LGBTIQ pretendía adoctrinar a la luz de la diversidad sexual y de género a la gente y, sobre todo a los más jóvenes. Esto suponía una idea de peligro que parecía ya superada. En Colombia, después de más de veinte años de lucha y trabajo podemos casarnos, podemos formar una familia, podemos adoptar hijos y hacer parte de las fuerzas militares, entre otros. No nos pueden retirar de nuestros trabajos, ni de

nuestros lugares de vivienda porque existe una ley anti-discriminación, paradójicamente presentada en primera instancia por los legisladores cristianos.

* * *

Solo cuando entendamos que la lucha es a favor de los derechos y no en contra de nadie, tendremos un país en paz. Recuerdo, especialmente, una manifestación a favor del matrimonio igualitario en la plaza de Bolívar. Allí, una gran amiga, lesbiana y activista, respondió a una multitud que nos atacaba e insultaba de la siguiente manera: «No gustaría ni un minuto de mi vida para luchar en contra de tus derechos».

Creo firmemente en un país llamado Colombia en donde podamos vivir en paz, en donde podamos usar la empatía como la herramienta más importante para dejar de vernos como diferentes, peligrosos, y empezar a vernos como diferentes, complementarios. Acá no ganan las personas «diferentes», acá gana Colombia como país, es decir ganamos todos y todas. Tenemos que aprender a elaborar emocional y psicológicamente los dolores profundos que albergamos en nosotros; ahí sí, desafortunadamente, de reconocernos en el dolor; ponernos en los zapatos del otro, abrazarnos desde la diferencia y unir fuerzas para respetarnos y aprender a hablar. Aprender a escuchar, para aprender a hablar. ‡

Autores

01. LAURA **QUINTANA**

Bogotá. Filósofa graduada con honores en la Universidad de los Andes y tesis laureada en su doctorado de Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia. Es autora de *Política de los cuerpos* y *¿Cómo se forma un sujeto político?*, así como de diversos trabajos sobre Hannah Arendt y Jacques Rancière.

02. GUSTAVO **WILCHES-CHAUX**

Popayán. Abogado, periodista, escritor y poeta, adelantó estudios de posgrado en Producción de Audiovisuales, en Brasil, y en Administración de Desastres, en Inglaterra. Fue director de la Corporación Nasa Kiwe, director ejecutivo de Ecofondo, Funcop y del Sena. Ha recibido el Árbol de la Paz y la medalla José Hilario López.

03. MIGUEL **RUEDA**

Bogotá. Doctor en Psicología de la Universidad de los Andes; especialista en Psicoterapia y Consejería del School of Psychotherapy and Counselling, de Regent's College de Londres; y en Sexualidad, Cultura y Sociedad, de la Universidad de Ámsterdam. Sus intereses se centran en el desarrollo de las orientaciones sexuales e identidades de género diversas y en el significado que tienen el prejuicio, la homofobia y la transfobia en la vida de las personas.